

# Averroes

Situación XVII (final)

Francisco Javier Ros Pardo

AVERROES, obra teatral estructurada en 17 situaciones, se inicia en el año 595 de la Hégira (1197 de nuestra era) en Córdoba. La inmensa biblioteca de Alhakem II es incendiada por orden del Califa Yakub Al-Mansur, y con ella arden varias obras de Averroes, acusado de librepensador y de enemigo de la ortodoxia.

Abul-l-Walid Ibn Rusd, antes de partir hacia el exilio, rememora el esplendor cultural de la Córdoba que él vivió, lamentando el triunfo del fanatismo:

«Hubo un tiempo en que la tolerancia era una experiencia cotidiana, disfrutada por los sabios de todo el mundo que llegaban a Córdoba, pero muy desagradablemente soportada por los que soñaban con un poder único y absoluto».

\* \* \*

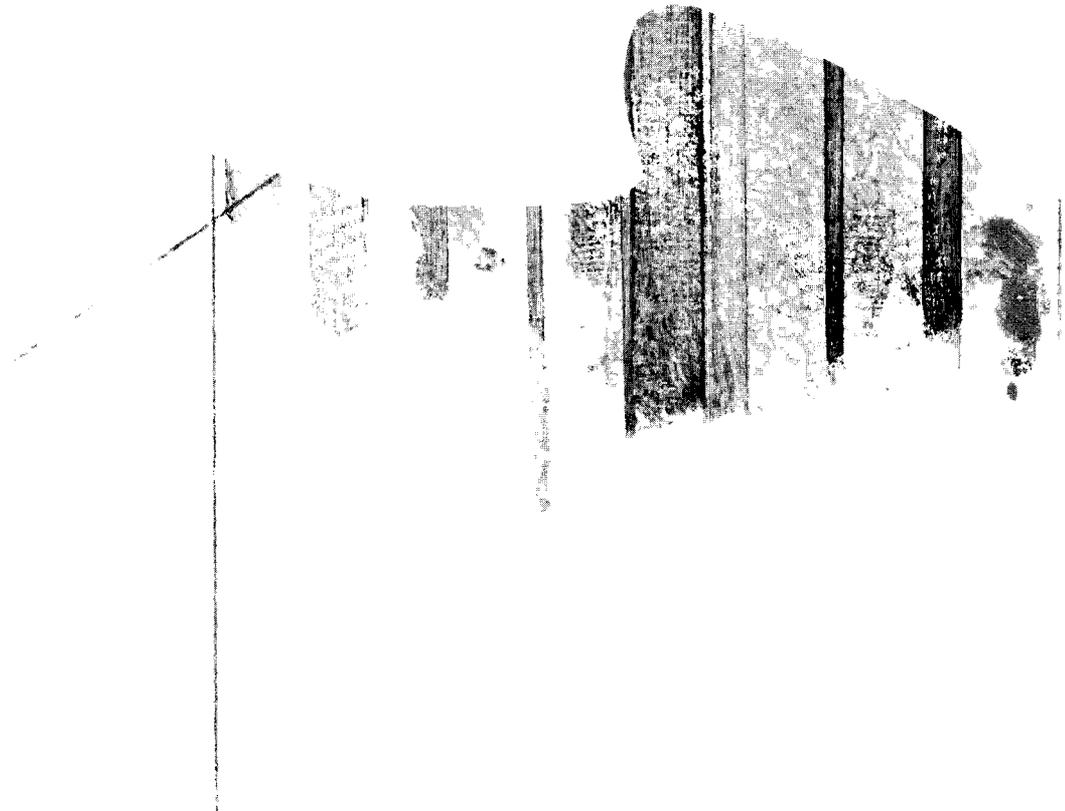
«Porque has entregado, ¡oh, Córdoba!, tu alma a la ortodoxia, aclamando como padres de la patria a los que arrojan al fuego primero los libros, y luego a los hombres».

\* \* \*

«Porque ha sido sellada la boca de tus sabios y tus poetas para dejar que hablen las armas, el fuego... Porque el pánico ante la razón pudo más que los sueños de todos los sabios que luchaban contra la oscuridad».

La obra recorre la vida cultural de la ciudad, el triunfo del amor, los progresos de la decadencia.

Seis años después de su partida, Averroes, ya cadáver, regresa para recibir tierra en su ciudad amada. Ibn Arabi de Murcia entona la elegía del adiós.



—Han pasado aproximadamente seis años. Pradera del cementerio de Ibn Abbas de Córdoba, junto al Guadalquivir. Aparecen en escena Abd Allāh, y su amada esposa, que espera un hijo. En el centro hay un túmulo que aguarda el cuerpo de Averroes. Amanece; ambos sacan braseros con fuego que van colocando alrededor. Hay unas

fuentes que producen un bucólico borboteo. Se oye el ruido del céfiro que agita sus etéreas y blancas vestiduras. Alrededor del túmulo, la tierra que cubrirá el ataúd. Él la invita a sentarse.

Se oye una suave nouba andalusí correspondiente a la hora del alba.

- ABD ALLĀH. ¿Estás fatigada?  
(Ella mueve negativamente la cabeza y con una gran ternura le da un beso en la frente a él que está arrodillado a sus pies).  
Pronto la aurora terminará de morder con sus blancos dientes a las tinieblas.  
... Fuimos primeros en llegar ...  
¿Quién viene por ahí?... ¡Jadisha!  
(Ambos se levantan y la abrazan, Jadisha se alegra de encontrarles, pero está terriblemente compungida).  
¡Jadisha! No esperábamos verte aquí, en el cementerio de Ibn Abbas.
- JADISHA. ¿Acaso hay en Córdoba algún lugar que me sea extraño?  
Me dan más miedo los de ahí fuera, que los de aquí dentro.
- ABD ALLĀH. ¿Conseguiste burlar a los cuidadores del manicomio?
- JADISHA. Sí... ¿Manicomio? ... ¿Qué diferencia hay entre una cárcel y un cementerio?  
Y todo... porque nos atrevimos a pensar en voz alta.
- ABD ALLĀH. Vendrá Muybdin Ibn Al Arabi a dedicarle a Ibn Rūsd una última oración.
- JADISHA. ¿A qué viene el gran místico de Murcia? ¿A hablar otra vez del cielo y del infierno? El cielo nunca lo he visto, y el infierno... me lo sé de memoria.  
... Pero existe el amor: La mayor gloria, o la mayor ruina.
- ABD ALLĀH. ¿Y Maimónides?
- JADISHA. Ese fue más inteligente que todos, y puso a tiempo tierra de por medio.  
(Se acerca al túmulo).  
¡Ay de los sabios y las Córdoba que quisieron ser y no han sido! (Coge un puñado de tierra).  
¡Maldita sea la tierra que escupe a sus mejores hijos y los abraza muertos! (Se vuelve hacia ella y le abraza queriendo consolarse).
- ABD ALLĀH. Ahora vuelve el maestro. Por ahí lo traen sus hijos.

(Ibn Arabi de Murcia encabeza la comitiva. Los tres hijos de Averroes llevan un sencillo ataúd con su cuerpo, rodeado de discípulos. Lo colocan junto al túmulo. Todos se sitúan alrededor. Jadisha se retira a un lado; sus negras vestiduras contrastan con las blancas y vaporosas túnicas del resto, que les confieren un aspecto casi fantasmal.

(Ibn Arabi recita momentos antes de darle sepultura).

IBN ARABI DE MURCIA. Volviste a Córdoba desde el sur de Al-Andalus, más allá de Gibraltar, a lomos de una bestia de carga, a un lado iba el ataúd con tu cuerpo, y en la otra alforja, los libros que habías escrito para que sirvieran de contrapeso.

Mouhammad Abu-l-Walid Ibn Rūsd, un glorioso ejemplar de la raza humana.

El hombre es el eterno insatisfecho de amor, de placer de riquezas, de sabiduría...

Tú, con tu insaciable condición de buscador, de estudioso, hiciste que por ti se alegrase la creación entera. Porque búsqueda y vida fueron en ti la misma cosa.

La búsqueda de la verdad, humana y subjetiva siempre, esquivada y mudable, como las nubes que nos dan agua y vida.

No, no tengo por qué llorar por ti, porque no causaste daño a nadie.

(En ese momento Jadisha rompe a llorar amargamente).

Diste pan a los hambrientos...

Agua a los que tenían sed...

Y mostraste caminos a los peregrinos de las ciencias y del pensamiento.

Tuviste la desgraciada dicha de vivir y amar una ciudad genial en el arte, pero que en política encarna todas las quintaesencias de la necedad.

Una patria que, cual pérfida madre, devora a sus más preclaros cerebros,

y mimó a sus más pérfidos y necios engendros.

Pero es hoy la tierra, tu amada tierra, tu eterna y desconocida compañera y amiga la que se alegra de recibirte, y de cerrar sus párpados para abrazarte, porque hablará contigo sobre la vida de nosotros, los vivos, que mañana seremos ella misma.

Sin vaticinar nada fuiste a la vez profeta y profecía, porque la futura dignidad de los hombres descansa sobre el amor universal a la sabiduría, de la que fuiste acrisolado amante.

(Cogen el ataúd y lo depositan dentro del túmulo y lo cubren de tierra).

Es el amor divino la cara que se oculta, invisible, tras el amor humano.

Es el regreso a las nubes causa de alegría infinita para el agua de la acequia.

Es regocijo para el rayo de luz llegar a alcanzar el mismo sol.

No, no tengo por qué llorar por ti, porque tu felicidad es la del sediento que llega a orillas de un mar de dulces aguas.

Y el mar, asusta a quien vivió en el fondo de un seco aljibe en un triste desierto, pero nunca fue motivo de llanto para el que su vida, fue como el agua misma.

(Aparece el sol. Se oye a lo lejos el muezín, se arrodillan y hacen sus oraciones postrándose hacia el fondo del escenario a la derecha).

Jadisha, solemne, se levanta, queda estoicamente erguida ante la tumba de Averroes, y se marcha; la siguen Abd-Allāh y la futura madre que siente en ese momento algo de molestia en su vientre, se sienta, él la besa en la frente y le ayuda a levantarse, caminan hacia la boca izquierda del escenario).

ABD ALLĀH. ¿Gozará él también del mismo sol que nos alumbra...?

Será el hijo de Sierra Nevada y el Guadalquivir.

(Se oye el agua del río, y él hace alusión a su cercanía con un gesto).

De la luna llena,  
y el sol radiante...

El hijo de la bailarina  
de Granada...

La esclava liberta  
por el poeta delirante  
tejedor de sueños...

Será destello de luz abrasadora.

Mago de la negra sombra  
al trasluz.

Unión del agua y el fuego,  
de la que fuimos y somos dueños  
nosotros,  
los hijos de Al-Andalus.

(Salen. El sol se alza en el horizonte. A lo lejos se oye el canto del muezín).

TELON